CALVINO Y EL MUNDO HISPÁNICO

José Carlos Rovira
Universidad de Alicante

Participar en este coloquio sobre Italo Calvino me llena, lógicamente, de la inquietud de quien sabe que juega en terreno ajeno, aunque el tema sobre el que debo intervenir sea Calvino y el hispanismo. En cualquier caso, procedo de eso que llamamos hispanismo, o hispanoamericanismo, y soy lector antiguo de Calvino, títulos que reafirman esa inquietud que se produce cuando uno se siente rodeado de especialistas en un autor, y tiene que confesar simplemente que es lector del mismo y que ni tan siquiera es italianista, por aquello de las especializaciones, y confesar finalmente que lo que va a hacer es poner juntas seis o siete notas que tenía perdidas en la memoria de lector. Por otra parte, varios de los que estamos aquí nos conocemos por un coloquio de hace aproximadamente un año, en la isla de Aix, en donde a Alain Sicard se le ocurrió reunirnos para hablar de Borges y Calvino, y yo asumí entonces el tema de la ciudad y, como va a aparecer publicado próximamente todo lo que dijimos, optaré por no repetirme, y por intentar salir de Calvino, Borges y la ciudad.

Aquella visión consistía básicamente en que, como sabemos, es en los años 60 cuando se produce el tránsito del Calvino-intelectual comprometido, que está presente en un proceso histórico en el que quiere intervenir, al intelectual perplejo ante la realidad, cada vez más perplejo, lo que en la obra se plantea como cambio del registro realista, al registro imaginario y fantástico que dinamiza una nueva y fructífera escritura.

En la perspectiva de ciudad que tracé son los años que van de la visión realista de *La especulación inmobiliaria* y *La nube de Smog* a, entrados ya los 70, *Marcovaldo* y, sobre todo, *Las ciudades invisibles*, verdadera fundación imaginaria de ciudades, perspectiva ésta, la de fundación imaginaria, que quise ver deudora de las geografías fantásticas de Borges, y de la perspectiva de fundación mítica de la ciudad a la que Borges se aplicó en la década de los 20, con *Fervor de Buenos Aires, Luna de enfrente*, o *Evaristo Carriego* y continuó en poemas como "Fundación mítica de Buenos Aires".

Como los años 60 fueron los del descubrimiento apasionado de Borges por parte de Calvino, coincidiendo además con su tránsito hacia la perplejidad, la filiación de la perspectiva fundacional urbana (ciudad real en Borges y fundación mítica de la misma, junto a geografías fantásticas; ciudad imaginaria en Calvino) se

completaba además con algunas perspectivas estilísticas: me llamaba la atención, por ejemplo, la visión de Roma que realiza Palomar, en la obra del mismo título, visión desde las alturas en la que el personaje ve la ciudad como una enumeración caótica que me recordaba la del innumerable universo de *El Aleph* borgeano.

En síntesis, lo que quería plantear a través de la ciudad es lo que plantearon otras múltiples ponencias de aquel Congreso: la deuda de Calvino con Borges, deuda reconocida por ejemplo en *Seis propuestas para el próximo milenio,* donde el Calvino final afirmaba a Borges como el último gran inventor de un género literario.

Entonces, abandonando a Borges, vamos a Calvino y el mundo hispánico, que para mí, como he dicho, es una perspectiva dispersa en algunas notas, aunque creo que esto me sitúa en paralelo a la actitud de Italo Calvino hacia lo hispánico, que no fue, parece evidente, una propuesta sistemática de aproximación a la cultura; incluso, si lo situamos ante otras culturas, como la francesa o la anglosajona, parece que fue una perspectiva más bien débil.

Querría comenzar haciendo unas calas referenciales que me llamaron la atención sobre esa manera de aproximarse a los hispánico. Tenemos un primer volumen imprescindible para ello: *Los libros de los otros,* su correspondencia editorial entre 1947 y 1981, que es indudablemente uno de los testimonios más interesantes de las perspectivas del autor y, en gran medida, de un sector de la cultura italiana de la postguerra y el postfascismo. Como el libro tiene un utilísimo índice, podemos repasar fácilmente su relación con lo hispánico:

1) Si comenzamos con lo español contemporáneo, algunas referencias breves nos ponen en la pista de las rotundas distancias que Calvino mantenía con nuestros creadores. Del más conocido de todos ellos, dice Calvino una de las frases más divertidas, y que probablemente muchos de nosotros compartimos: el 9 de Marzo de 1963 escribe a Gianbattista Vicari:

> Sigo todas las buenas noticias sobre el próximo premio Conegliano, pero en medio de ellas hay una que no me alegra y es la participación de Camilo José Cela.
> Cela es de los que quieren que los traten como a Dios Padre, se da muchos aires, y seguramente fastidiará a todo el mundo. Una de las personas más vacuas e insoportables de la literatura internacional. En Formentor Cela era una peste y fue una gran suerte que en cierto momento se enfadara y se marcharara.

2) Pocas son las referencias de contemporáneos españoles que nos puedan interesar: una es a la traducción de *Fiestas* de Juan Goytisolo (no de Luis como indica el índice); otra es un rechazo de una novela de Carlos Álvarez, según supone el editor -aunque no creo que sea de Carlos Álvarez, poeta, y sí de José María Álvarez-. Y no hay más contemporáneos españoles. Por cierto, el que el editor Giovanni Tesio se equivoque en estos datos hace pensar que la revisión de la correspondencia de Calvino (las 5000 y pico cartas que quedan en el archivo de la editorial) se debería hacer con más rigor y, sobre todo, con cuidado.

3) Tampoco es muy nutrida ni interesante la referencia hispanoamericana, al margen de Borges. Me interesa en ella la carta a Rodolfo Wilcock, poeta argentino que desde 1945, integrado en Italia, escribía en italiano, sobre quien Calvino demuestra aprecio por un ensayo y por su capacidad de traductor del inglés.

4) Otro apartado lo forman en esta obra algunas referencias clásicas (a Calderón, a Cervantes -a propósito de Leonardo Sciaccia) que no permiten desde luego una teoría, ni tan siquiera una apunte amplio, de Calvino y lo hispánico.

Se hace necesario, pues, cambiar de obra para seguir planteando el argumento que nos reúne.

La amplia relación con Elio Vittorini, relación editorial, de amistad, de aprecio a su obra, nos debía hacer presuponer que en alguna parte se debía haber ocupado de la novela más hispánica de Vittorini: *Conversaciones en Sicilia.* La reedición reciente (1995) de *Punto y aparte. Ensayos sobre literatura y sociedad* me ha permitido leer un curioso texto sobre Vittorini, escrito y publicado en 1967, al año de la muerte de éste. El amplio ensayo se titula "Vittorini, proyecto y literatura" y es una interesante aproximación al novelista y a su obra, a través de algunos conceptos clave, al margen del de la literatura proyecto. En un momento de su ensayo, para explicar a Vittorini, se lanza Calvino a una comparación del uso del signo y de la conjunción de estilos literarios, y concluye con un desarrollo *Ut pictura poiesis*:

> Para Vittorini, Picasso es un paradigma decisivo: como crítico, es para él un constante punto de referencia de valor literario; y como escritor -casi por naturaleza, por mirada interior- le resulta semejante. Entre otras cosas Vittorini ha escrito el libro-Guernica, Conversación en Sicilia, el único que pueda definirse por este simple trazo de conjunción.

La referencia cultural aquí resulta extraña, en medio de una teoría sobre la acumulación de estilos en Picasso y, como deducción comparativa, en Vittorini. Yo creo que lo único que está haciendo Calvino es unir dos referencias frecuentes del imaginario cultural antifascista de la Italia de los años 60, dos referencias frecuentes a lo español, la que es transfondo de *Conversación en Sicilia*, con aquella guerra lejana que evoca su protagonista, y la que es manifestación reconocida del antifascismo europeo, el Guernica como referencia rotunda de la guerra civil en el imaginario europeo de los años 60.

Cambiemos de libro. Un buen día Calvino se va a México y escribe tres crónicas que fueron publicadas, creo que en 1980, en *Il corriere della sera.* Están publicadas en España en *Colección de arena.* Desconozco si Calvino dejó otros textos de crónica sobre México pero, si son sólo los tres que aparecen aquí, lo único que parece que está narrando es un viaje de turista trascendentalizado por reflexiones sobre el tiempo y los mitos genealógicos y arbóreos. Calvino ha ido a Oaxaca en primer lugar, y ha recorrido en una excursión, acompañado inevitable-

mente por turistas japoneses que disparan sus cámaras, el espacio del árbol milenario de Tule, "un monstruo que crece sin plan alguno", 40 metros por 42, cuyas raíces amenazan destruir la Iglesia colonial de Santa María de Tule; el inmenso retablo barroco de la Iglesia de Santo Domingo en Oaxaca le permite una larga reflexión sobre un árbol genealógico que es el Arbol de la Vida, con figuras inidentificables que pueden ser "guerreros con armaduras y yelmos empenachados como marionetas sicilianas"; por último, una visita a las ruinas mayas de Palenque le hace insistir sobre las representaciones escultóricas de la selva en un mundo en el que "la última palabra la tiene la naturaleza". El México de Calvino está definido por el siguiente párrafo:

> Al visitar México nos encontramos cada día interrogando ruinas, estatuas, bajorrelieves prehispánicos, testimonios de un "antes" inimaginable, de un mundo irreductiblemente otro frente al nuestro.

Aquellas visiones que desplegó como periodista sirvieron como substrato para la escritura de *Bajo el sol jaguar:* en este relato, el espacio de Oaxaca le permite abrir con la descripción de un cuadro el que el motivo es el amor de una abadesa y un capellán; a continuación, un recorrido por las ruinas prehispánicas de Monte Albán, la evocación de los sacrificios humanos, y un amplio recorrido gastronómico -el gusto es el motivo del relato-. Curiosamente la ciudad colonial no existe para Calvino, que, al principio del relato, desarrolla una larga reflexión sobre el mestizaje como realidad de México, olvidándose aquí de cualquier referencia a un marco urbano que es quizá el más bello escenario colonial de México.

Lo que quiero apuntar tiene que ver con la sensación de que Calvino olvida sistemáticamente lo hispánico. Un detalle significativo, en su relato del gusto, es la anotación que realiza cuando prueba un plato como el "guajolote con mole poblano" del que dice: "entre tantos moles uno de los más nobles -se servía ya en la mesa de Moctezuma". Cualquier visitante de Puebla (de donde es originario el mole poblano) sabrá que difícilmente podía servirse en la mesa de Moctezuma una receta que las monjas de Santa Clara prepararon en el siglo XVII para un obispo glotón. Al margen de la erudición culinaria, lo que quiero plantear, insisto, tiene que ver con la sensación de que Calvino es un turista que sólo ve un México prehispánico por todas partes.

En el libro que comenté antes, *Colección de arena,* hay una brillante descripción de una exposición francesa titulada "América vista desde Europa" que Italo Calvino ha visto en París en 1976. Su artículo se titula "¡Qué nuevo era el nuevo mundo!" y es una brillante descripción de la extrañeza de la Europa del XVI en su incomprensión e intento de proyección en América. La referencia a lo español es mínima, sólo una tópica reseña de "la crueldad de los españoles, por los asesinatos y saqueos de los conquistadores", y una simplificación historiográfica chauvinista:

> En un mapa alemán es donde por primera vez aparece el nombre América, o sea, Tierra de Américo, porque a través de los relatos del viaje de Vespuccio

> fue como Europa cobró conciencia de la importancia geográfica de los descubrimientos. Sólo a raíz de las cartas del comerciante florentino, Europa comprende que se le abre realmente un Nuevo Mundo, vastísimo y con características propias;

y he dicho chauvinista, porque junto a la fortuna de Vespuccio, no hay que olvidar el papel de las relaciones de otro italiano como Colón, o el de la alarmada información del Padre Las Casas sobre "la destrucción de las Indias".

Si las notas que he unido hasta ahora fueran las conexiones de Calvino con el mundo hispánico, habría que concluir en una desmesurada simplificación de visiones, puesto que la conexión sólo se hace efectiva, y sumamente valorativa, en lo enunciado de Vittorini y Picasso, tópico cultural en todo caso de la Italia de los años 60, además de lo ya comentado sobre Jorge Luis Borges. Caben, por supuesto, otras referencias dispersas, y queda la atracción hacia figuras como Julio Cortázar, de quien impulsó la traducción italiana; o la consagración de Augusto Monterroso como el autor del mejor cuento breve de la literatura universal en sus famosas dos líneas sobre el despertar y el dinosaurio; o sus notas sobre Felisberto Hernández, a quien consagra, desde su marginalidad, como una de las voces más interesantes de la tradición literaria latinoamericana de nuestro siglo.

Existe, por tanto, esa perspectiva lúcida para atender a autores latinoamericanos en la medida, seguramente, en la que Calvino desconectaba también a Borges, o a Felisberto Hernández, o a Cortázar, de cualquier referente hispánico. Porque, si por lo hispánico queremos entender también lo español, no hay duda de la lejanía que Calvino tuvo con nuestro mundo histórico y cultural.

Como metáfora narrativa expresó esta distancia a través de Cósimo Piovasco de Rondó en *El barón rampante,* en los capítulos XVII y XVIII de la obra, tras la anticipación del motivo al final del capítulo XVI, cuando un sujeto llega de la vecina ciudad de Olivabassa:

> "¡Oh, también vosotros tenéis vuestro español!", y a las preguntas de qué quería decir, respondió: "¡En Olivabassa hay toda una gavilla de españoles que viven en los árboles!", y Cósimo ya no estuvo tranquilo hasta que emprendió a través de los árboles de los bosques el viaje hacia Olivabassa.

El voluntario andar por los árboles de Cósimo une su aventura a los desterrados españoles por Carlos III, nobles y algún jesuita, que son el soporte real de la historia, en dos capítulos que nos recuerdan la llegada de Cándido a las misiones jesuitas del Paraguay.

Hay en este texto ternura en la visión de aquellos españoles que no pueden bajar a tierra, que tienen que permanecer en los árboles por mandato real; hay ternura también en la relación amorosa de Cósimo y Ursula. Y luego, junto a la ternura, hay humor en esa metáfora intencional que quiere describir a los españoles como bárbaros.

Cósimo lleva a los españoles la técnica, para que puedan seguir sobre los árboles mientras dure su exilio y, lo que es más importante, les lleva las ideas

ilustradas, provocando un enfrentamiento, casi un duelo, con el jesuita Sulpicio de Guadalete que, ante la expansión de las ideas de Voltaire o Montesquieu, comienza a actuar en nombre de la Inquisición, persiguiendo a Cósimo y a los que han sido penetrados por las ideas ilustradas. La metáfora resulta eficaz y divertida, auque me atrevo a afirmarla como rotundamente tópica, procedente de una visión estratificada por el iluminismo italiano en su apreciación del XVIII español. Aunque, por supuesto, esto nos haría entrar en un tipo de debate historiográfico que no creo que sea tema de este coloquio. El tópico del español salvaje y bárbaro tiene suficiente literatura en la tradición italiana para que no tenga que abundar sobre él.

Para concluir diré que, con todo el aprecio que la obra de Calvino me sigue produciendo, con todo el respeto intelectual que tengo a su figura, pienso que del mundo hispánico, o hispanoamericano, o latinoamericano, Italo Calvino se enteró de muy poco, abundó en tópicos y centró sólo en Borges una relación apasionada, lo cual no quiere decir que sea ni bueno ni malo, sino que Italo Calvino, por las razones que fuera, desconoció una tradición cultural que contemporáneos suyos —estoy pensando por ejemplo en Leonardo Sciascia— apreciaron y utilizaron con pasión.